

OPERACIÓN QUIRÚRGICA

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el Teatro de Lara el 4 de Mayo de 1889.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA.	SRA. RODRÍGUEZ.
HIPÓLITO.	SR. MORANO.
LEONCIO.	» RAMÍREZ.

OPERACIÓN QUIRURGICA

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

CLARA y después HIPÓLITO

HIPÓLITO

(Desde la puerta.) ¿Se puede?

CLARA

(Sin mirar.) Adelante. *(Sorprendida.)* ¡Ah! Hipólito...

HIPÓLITO

Ese ¡ah! no necesita acotación. Ha sido un ¡ah! con extrañeza. Dijiste «adelante» sin verme. Esperabas á otra persona. Cuando me anunció nunca estás en casa.

CLARA

Casualidad, puedes creerlo.

HIPÓLITO

Casualidad, eso pensé yo; y como no soy hombre de quien se burle más de tres veces esa diosa juguetona que tiene nombre de mujer y suele ir precedida, al nombrarse, del adjetivo pícara, combiné mi visita de

manera que la casualidad por esta vez, pícara y todo, perdiera sus derechos. ¿Qué tal la entrada? Como corresponde á un embajador con cartas acreditadas. (*Entregándole una carta.*) Lea su majestad. ¡Su majestad la mujer!

CLARA

(*Sin tomar la carta.*) ¡Una carta!... ¿De Luis?... Es inútil. ¿Ves porqué no quería yo verte?

HIPÓLITO

¿Qué título invocaré para obligarte á leerla? El de hermano es el que menos estimas en mí, por venir de quien viene; pero el de amigo tuyo leal, que siempre y en cualquier circunstancia estuvo de tu parte, debe significar algo para ti. Por favor te pido que leas la carta.

CLARA

Por favor... á ti. (*Abre la carta.*)

HIPÓLITO

Quiero oirla... lee alto... Quiero asegurarme de que la lees sin conmoverte.

CLARA

(*Entregándole un papel que acompaña á la carta.*) Esto es para ti.

HIPÓLITO

Sí, cuatro letras. (*Lee.*) «Querido hermano: Por la memoria de nuestra madre, haz que Clara lea la carta que para ella te envío.»

CLARA

(*Con ironía.*) ¡Qué tono solemne! Hoy es alta tragedia.

HIPÓLITO

Lee.

CLARA

(*Leyendo.*) «Clara, esposa mía; bien sé que si nada queda en tu corazón del cariño que me tuviste, nada valdrá, para que vuelva á mí tu cariño, la consideración de cuánto he sufrido. ¡Nada quieres saber de mí! ¿Te dice el corazón que si supieras cuál es mi vida tendrías lástima de mí, y por lástima habrías de quererme? Yo sé cuánto vale tu corazón, y sé que no podría sentir de otro modo al oírme. Convaleciente de una enfermedad gravísima, te escribo, casi resucitado.» (*Interroga á Hipólito con la vista.*)

HIPÓLITO

Vine dos ó tres veces á decírtelo; pero nada querías saber de él. El estuvo á punto de morirse... Sigue.

CLARA

(*Lee.*) «No ha querido Dios que seas viuda; no quiero pensar si hubiera sido tu dicha. Dios ha guardado mi vida para que tú dispongas de ella, para que digas tú si vale la pena de guardarla. Tuya es, regenerada, esposa mía, regenerada por muchos años de remordimientos y de triste experiencia. Pregunta cuál ha sido mi vida en tanto tiempo; cualquiera te dirá si ha sido triste; solo Dios y yo sabemos cuánto lo ha sido. Clara mía, bien sé que mis súplicas no valdrían nada si al leerlas no sintieras dentro de ti, con voz inefable, otras voces queridas que bajan del cielo y por mí te suplican: las de nuestros padres, la del ángel que voló al cielo porque nos vió separados en la tierra y quiso pedirle á Dios más cerca por nosotros... Perdóname, Cla-

ra mía, para que seamos muy felices y podamos ser muy buenos y volvamos á ver al ángel nuestro.» (*Queda pensativa.*)

HIPÓLITO

No te habrá convencido, pero te ha conmovido. Pues bien; yo no pretendo ganar tu corazón con artificios retóricos... La carta, al fin, está escrita con el alma; estoy seguro... Pero supón que no lo estuviera... La memoria de los padres, el angelito que está en el cielo... Muy bonito... Pero no, yo traigo las cosas á su terreno, al terreno *terrenal*, y en él, sin retóricas, una vez más te repito que no puedes mantenerte en una situación equivocada para tu decoro. No diré si llevaste la ofensa de tu dignidad al extremo cuando te separaste de mi hermanita... Pero ha pasado mucho tiempo, y la gente, interesada por ti desde un principio, aguarda impaciente un desenlace... Si no perdonas á tu marido y acabas la comedia á gusto de todos, supondrán que tienes un amante y acabará de modo muy triste para ti y para cuantos de verdad te queremos.

CLARA

La vida, por desgracia, no es una comedia, y si lo es, no somos nosotros los autores de ella, y mal podemos trazar su desenlace á gusto nuestro. La mía le tuvo hace mucho tiempo. El que tú me propones si que sería un desenlace de comedia, un arrepentimiento, un perdón de tercer acto, para que el público salga satisfecho, celebrando la moralidad de la comedia... Yo no sé hacerlas; quiero y odio con toda el alma... por eso es para siempre.

HIPÓLITO

Estábamos en que habías olvidado. El olvido es quietud: no lo quiero. Ahora dices que odias: eso va-

mos ganando. El odio está más lejos del amor, pero en línea recta... y es inquieto, andará el camino.

CLARA

Es un odio olvidado el mío, un perdón casi, pero como desde otra vida, con una losa en medio. Cuando el corazón dice que perdona una ofensa es que ha dicho antes: ya no me importa.

HIPÓLITO

¡Ya no te importa! Estado de ánimo excelente para discurrir en calma...

CLARA

No, Hipólito. No puede ser.

HIPÓLITO

¿Tendré que hablarte con severidad?

CLARA

(*Con ironía.*) ¿En nombre de Luis? Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

HIPÓLITO

(*Severo.*) En el suyo, si quieres. La falta de Luis fué la más natural en su caso. De las que todos los maridos cometen á escondidas, y todas las mujeres perdonan á sabiendas.

CLARA

A los tres meses de matrimonio, cuando la certidumbre de su cariño era sagrada para mí, ¡afrentarme en mi propia casa! Mostrarme de ese modo brutal lo que yo significaba para él, recibir el insulto de verme sustituida en las caricias de mi esposo por otra mujer cualquiera...

HIPÓLITO

¿Y si yo te dijese que estás en camino de justificar con tu conducta la de tu esposo, y en ese caso sería tarde para perdonarle, porque á tu vez necesitaras de perdón?...

CLARA

¿De perdón, yo? ¿Qué quieres decirme?

HIPÓLITO

Lo que murmura todo el mundo. Que de algún tiempo á esta parte saliste de tu retraimiento; que has vuelto á frecuentar la sociedad; que buscas alivio y distracción á tus penas, y que mi amigo Leoncio, joven de buena presencia, de amenísimo trato, con aficiones artísticas y mucho fuego en el alma, con todo, en fin, lo que seduce en un hombre, te enamora con asiduidad de todos notada; figúrate si de mí lo habrá sido, de mí, que no he dejado de vigilarte, porque te quiero y sabía muy bien lo que sucedería tarde ó temprano. Tu viudez ha sido larga; los hombres, en semejante caso, rompen la tregua brutalmente, como Luis, con menos disculpa en apariencia, porque luchan menos y á los dos pasos echan por el camino real; pero el de lo ideal, ¿sabes adónde lleva? Al mismo punto. No vale la pena de andarle.

CLARA

No discuto si me han calumniado. Supón que es verdad todo, que quiero á otro hombre. Cumpliré con mi deber. Pero ¿quién puede impedirme que al cumplir con mi deber no me sacrifique? El deber es el único privilegio de esposa que he disfrutado; si por él sacrificio mi felicidad, ¿qué más puede exigirme?

HIPÓLITO

¡Tu felicidad! ¿Lo sería para ti un amor ilegítimo, culpable?

CLARA

Cumpliré con mi deber, ya lo dije... cueste lo que me cueste.

HIPÓLITO

¿Con el deber de esposa? Pues ninguno primero que el de volver á serlo, perdonando al esposo arrepentido.

CLARA

¿Arrepentido?

HIPÓLITO

No lo dudas... si es que no tienes interés en dudarlo. Si yo creyese que Luis fuera capaz de renovar la ofensa, no pretendería reuniros. Luis es otro hombre, ha padecido mucho. No le conocerás cuando le veas.

CLARA

¿Verle? ¡No!

HIPÓLITO

Pues hoy debe llegar... Espero un telegrama. Luis sabe que estás en peligro, que Leoncio te enamora...

CLARA

¡Oh!

HIPÓLITO

¡Ya lo ves!

CLARA

(*Con resolución.*) ¡Sea su castigo!... ¡Ah, no! Lo sería si me quisiera como yo le quise. Pero él sentirá la ofensa del amor propio, la dignidad de esposo, lo que dira la gente; él preferiría que fuese cierta mi culpa, con tal

que nadie lo supiese... y yo, yo solo en pensarle á solas me he destrozado el corazón. Mientras me vió triste y retirada no se acordó de mí. Acaso mi tristeza halagaba su vanidad. Sabe que vuelvo al mundo, y se preocupa por mí; cree que quiero á otro hombre, y vuelve á mí... no apasionado á matarme, si es que ofendo su amor, sino muy razonable, para advertirme que mi situación es equívoca, que la gente murmura, que llevo su nombre y debo respetar su decoro... ¡Ah, si yo supiera que la dignidad herida duele como la herida del corazón!

HIPÓLITO

No encones la tuya. Tienes un médico tan amable, el médico de las damas, Leoncio, el amante ideal que adormece la imaginación con bálsamo de poesía, el adorador platónico que sacrifica el amor entre nubes de incienso y, como diestro ratero de iglesia, muestra cruzadas, en actitud de fervoroso rezo, unas manos de cera, y con las suyas, de carne y hueso, limpia entretanto lindamente los bolsillos de las devotas.

CLARA

¿Te burlas de mí?

HIPÓLITO

¿De tí? ¡Dios me libre! Me burlo del amor respetuoso, del deber que piensa sobreponerse al amor. ¡Ay, pobre Clara! ¡Lo que en sí es el amor, su fin único, el lazo que nos tiende con él la Naturaleza, nos parece tan irracional, tan instintivo por sí solo, que con ser lo único que la Naturaleza exige de nosotros, lo esencial del amor, hemos decidido considerarlo como incidente, un tropiezo, un descuido, lo que menos importa en el amor. Como en vestir y en comer, ¿no hemos de ser en

amar superiores á los animales? Tenemos sastres y modistas, comemos pavo trufado y ensalada rusa, y ¿en amor no hemos de tener también nuestros adornos á la moda y nuestras ensaladas?... Es preciso vestirle, aderezarle... Y la naturaleza se burla de nosotros, ¡pobres ilusos de lo ideal! Pero ese amor *amor*, es siempre culpable... El matrimonio no es santo porque es amor, sino porque del amor crea deberes que le santifican. Ellos son lo único ideal, lo único superior al instinto que puede haber en el amor.

CLARA

No rehú el cumplimiento del mío. Como esposa y como madre fui ofendida. Dios no quiso que fuera madre la que, perdido amor y respeto al esposo, no podía ser buena esposa. Dios pronunció el divorcio: cumpliré la ley de Dios siendo honrada; que no invoque mi esposo leyes humanas para obligarme á serlo.

HIPÓLITO

Mi hermano suplica. En ningún caso acudirá á la ley para obligarte á volver á su lado. Clara, escudriña tu conciencia, pon la mano sobre el corazón. ¿Es que juraste fidelidad á un amor imposible que halaga tu imaginación? Recreas el alma en lo ideal, fuego peligroso, porque el alma no puede desnudarse del cuerpo, como el cuerpo de los vestidos, para nadar en lo ideal y... guardar la ropa.

CLARA

Y si vuelvo á la realidad, ¿qué me espera? El cariño probado de mi esposo...

HIPÓLITO

Que vale, por lo menos, tanto como el de Leoncio, puesto á prueba.

CLARA

¿De qué modo?

HIPÓLITO

Proponle que huya contigo, exige algún sacrificio á su pasión inmensa; que arriesgue su porvenir, su tranquilidad siquiera, que te demuestre que no eres para él...

CLARA

¿Qué?

HIPÓLITO

Nada... Lo que un médico, amigo mío, llama «la economía de los solteros».

CLARA

¡Hipólito!

HIPÓLITO

Perdón. Yo no lo dije. Los médicos tienen nombres muy rudos para cosas en apariencia muy poéticas...

CLARA

Pero tú no eres médico, aunque hoy lo pareces.

HIPÓLITO

No. Yo soy cirujano... y si me permites...

CLARA

¿Qué?

HIPÓLITO

Nada... Te dejo.

CLARA

¿No tienes más que decirme?

HIPÓLITO

Volveré. Espero noticias de mi hermano; estoy intranquilo. Además, son las dos y media; dentro de un instante vendrá Leoncio...

CLARA

¿Quién te ha dicho?...

HIPÓLITO

Todo el mundo lo sabe y lo comenta con mucha malicia. Adiós, Clara... Quiera Dios inspirarnos á todos. *(Sale.)*

ESCENA II

CLARA

CLARA

Las tres... las tres... ¿Habrá venido, y al saber que Hipólito estaba aquí no habrá entrado?... No... Pendiente estuve de oír la campanilla, y no ha sonado... Vendrá... ¿Qué me dijo Hipólito al despedirse?... Ni sé lo que me dijo... Él hablaba, hablaba, tratando de convencerme con razonamiento implacable, y el corazón... como chicuelo travieso que, sujeto al estudio por castigo, transforma con la imaginación las letras odiosas en muñequillos juguetones... ¡La carta! Llega tarde... No puedo creer en el arrepentimiento... ¿No puedo? ¿Será, como dice Hipólito, porque tengo interés en no creerlo?... No, no... Es que nada dice á mi corazón. El re-

cuerdo del cariño que le tuve, si vuelve acaso para atormentarme, me parece como espectro de algo que murió... y muerto está... Es el fantasma suyo lo que me atormenta; yo le ahuyentaré mirándole cara á cara. ¡Bastante padecí! La parte de dicha que Dios debe de guardar para todos en este mundo... no ha llegado á mí todavía... Tengo derecho á ello... ¿Mi parte de dicha ha de ser un pecado?

ESCENA III

CLARA y LEONCIO

LEONCIO

¡Clara! ¿No me esperaba usted?

CLARA

Sí, le esperaba á usted. Hoy más que nunca.

LEONCIO

No haga usted que por egoísmo bendiga su tristeza, si es causa de que se acuerde usted de mí. Diga usted que me espera usted siempre, que piensa usted en mí algunas veces... como yo en usted...

CLARA

¡Feliz usted, que puede pensar solo en lo que ama y vivir solo para el amor! Yo, aunque así lo quisiera... por fuerza he de recordar, y hay sombras en mis recuerdos para nublar todas las alegrías.

LEONCIO

¡Recuerdos! ¡Si yo pudiera borrarlos todos!

CLARA

¡Ay! ¡Si pudiera ser! Antes los hubiera yo borrado; no le atormentaría á usted con ellos; me vería usted siempre dichosa.

LEONCIO

¡Y siempre la veo á usted triste! ¡Yo, que no concibo tristeza que al lado de usted no pueda olvidarse!

CLARA

Pues olvide usted las mías y, al verle dichoso, acaso yo también las olvide.

LEONCIO

¡Clara!

CLARA

Sí, yo quiero olvidarlo todo; pero ¡para siempre!

LEONCIO

¡Para siempre á mi lado!

CLARA

¡Para siempre! Piénselo usted, Leoncio. Siempre no es hoy ni mañana; son días y días, tristes y alegres, de lucha y de sacrificio; es toda la vida.

LEONCIO

Pues ¡para usted toda mi vida!

CLARA

¿Cueste lo que cueste?

LEONCIO

Por usted, ¿qué no sacrificaría yo?

CLARA

¡Dios mío! ¡Dios mío!

ESCENA IV

Los mismos, HIPÓLITO

HIPÓLITO

¿Se puede?

CLARA

Sí. ¿Qué ocurre?

HIPÓLITO

He recibido un telegrama. Tengo que hablarte...

CLARA

Puedes hablar.

LEONCIO

Dejo á ustedes... Mi presencia...

HIPÓLITO

Es necesaria... Espérame aquí... Pronto vuelvo. Ven conmigo, Clara. *(Salen.)*

ESCENA V

LEONCIO

LEONCIO

¿Qué ocurrirá? Hipólito parecía sobresaltado. ¡Un te-

legrama! ¡Bah!... Asuntos de familia... No hay porqué preocuparme... Sin embargo, Hipólito, estos días pasados me hablaba con cierto recelo... Sin duda se ha enterado... pero es hombre de mundo y no vendrá á pedirme cuenta del honor de su cuñada... Y si eso fuera, ¡la daré cumplida!... ¿Qué?... Llanto... ¡Clara llorando!... ¡Clara!

ESCENA VI

LEONCIO, HIPÓLITO

HIPÓLITO

No pases... Deja que florece... ¡Mi hermano ha muerto!

LEONCIO

¡Su esposo!

HIPÓLITO

Sí. Ya es viuda. *(Pausa.)* Por eso dije que tenía que hablarte.

LEONCIO

Habla... Pero si no estás hoy para ello... iré mañana á tu casa...

HIPÓLITO

No. La resolución del asunto que he de tratar contigo se refiere á la memoria de mi hermano tanto como á nosotros, y procuraré satisfacerla al satisfacernos á todos.

LEONCIO

Tú dirás.

HIPÓLITO

No es ocasión de rodeos ni de pretender disfrazar efectos. Leoncio, amas á Clara, ¿no es verdad? Clara te

ama, estoy seguro; pero Clara es honrada, y la lucha de su corazón ha sido tremenda. Dios ha querido que pueda ser dichosa con tu amor sin dejar de ser honrada. Mi pobre hermano ha muerto cuando procuraba á toda costa obtener el perdón de Clara y á fuerza de cariño redimirse de lo pasado... Clara no creía en su arrepentimiento, no podía creer; amaba á otro, y juzgaba con honrada conciencia que era engaño conceder al esposo un perdón sin amor. No juzgaré yo si fué rigurosa en no perdonarle antes. Mi hermano la ofendió, no le disculpo; su triste vida ha sido amarga expiación; con alma y vida hubiera él reparado la culpa; alma y vida hubiera dado él por ver feliz á Clara. Si yo procuro que lo sea es que así creo satisfacer la memoria de mi hermano... Clara es libre; vuestro amor puede ser honrado. No es indicarte lo que debes hacer. No deber de conciencia, grata ilusión de tu corazón, habrá sido siempre hacer á Clara esposa tuya, y si á pesar de que fué imposible hasta ahora, la amaste... es que el amor no va donde uno quiere, él nos lleva sin reparar en impedimentos ni en obstáculos, y cuando los vemos ante nosotros es ya tarde para retroceder, y no hay sino salvarlos ó morir ante ellos rendido. Ninguno hay ya para vuestro amor. Clara será tu esposa.

LEONCIO

¡Hipólito, por Dios!... No me parece oportuno; acaba de morir tu hermano...

HIPÓLITO

Por lo visto le respetas muerto más que le respetaste vivo...

LEONCIO

¡Es natural!

Ya lo creo. HIPÓLITO

LEONCIO

¡No es ocasión de chanzas!

HIPÓLITO

Pero ¿quién le hubiera dicho á mi pobre hermano?...

LEONCIO

¿Qué?

HIPÓLITO

Que tú ibas á sentir su muerte más que nadie.

LEONCIO

Me voy, Hipólito. Ya hablaremos. La ocasión...

HIPÓLITO

Pero ¿no me agradeces el interés que me tomo por tu felicidad? Clara es una verdadera hermana para mí; no extrañes si, al procurar verla dichosa, creo rendir el mejor tributo á la memoria de mi hermano.

LEONCIO

Pues no te sorprenda que extrañe tu intervención en este asunto. Será escrúpulo mío; pero apenas muerto tu hermano tratar la boda de su esposa...

HIPÓLITO

De su viuda... Y ¿qué? ¿No había de tratarse dentro de unos días? Tu asistencia á esta casa, tu asiduidad en presentarte donde Clara asistía, ha dado bastante que murmurar. Clara ha comprometido por tí su reputación.